

ro de sus hijos desmiente su fé con su conducta, ó que la deshonor con sus blamfemias, ó que la abandonan por intereses de poco ó ningun momento. Nosotros, hermanos míos, procuremos consolarla con una fé viva que jamas dude: con una fé sumisa, que no dispute; y con una fé activa que no se desmienta. El título de hijos de la fé ha de ser para nosotros el título mas honroso de todos, mediante que lo es en efecto por la union que nos da con Dios, y por los derechos que nos asegura haciéndonos los coherederos de Jesu-Cristo: y por esto la Iglesia concluye el *Símbolo* con estas palabras: *creo la vida del siglo futuro.*

Sí, la creo, la espero y la pido con todo el fervor que me infunde el espíritu de Dios. Desde ahora me dispongo para esta vida, y consagro en su obsequio todos mis instantes. Ya no cantaré en la tierra sino ese *Amen*, que es la expresion del deseo mas ardiente, hasta que en la mansion de la bienaventuranza cante el *Amen*, que será la confesion de mi amor, y de mi reconocimiento al Dios Todo-poderoso que adoramos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL OFERTORIO.

DANIEL, CAP. III. VERS. 39.

Mas con corazon contrito, y con espíritu humillado seamos recibidos.

ESTA es la única disposicion que puede agradar á vuestro Dios; porque como dice en varios lugares de las divinas Escrituras, no dexará de echar una benigna mirada sobre el pobre, ni de oír al humilde de corazon. La Iglesia ha tomado esta oracion de uno de los Profetas para dirigirse al Señor en el momento que empieza la oblation del Sacrificio; y aunque nos ha

dado á conocer esta disposicion en la confesion de los pecados, que sirve de preparacion para él, nos enseña, que este es el tiempo propio de hacer uso de ella, si queremos que esta ofrenda, siempre agradable á Dios por su naturaleza, pues que se humilla su propio Hijo delante de su Magestad Suprema, sea útil para nosotros mismos, uniéndonos á las disposiciones de este Divino Salvador.

Entramos en una parte esencial de la Misa, y por consecuencia mucho más interesante que las anteriores; y aunque pudiera exponerla largamente, y deducir consecuencias sumamente importantes; precisado á contenerme en los límites estrechos que me he propuesto, os presentaré un breve discurso, en el qual explicaré las ceremonias, y os propondré algunas reflexiones dirigidas á reanimar el espíritu y el corazón. Os pido que me escuchéis atentamente.

Para que podáis tener una idea exácta de la excelencia del *Ofertorio*, es indispensable recordaros que en los primeros siglos no se hacia hasta que habian salido de la Iglesia los Catecú-

menos. En estos tiempos se conocian dos Misas, la de los Catecúmenos que empezaba desde que el Sacerdote entraba en el Altar hasta la oblacion, y la de los fieles que comenzaba en esta parte, y concluía quando el Ministro despedia al pueblo. Todas las oraciones que han precedido, y la lectura del Evangelio, y de la Epístola, no pueden considerarse sino como preparaciones para el Sacrificio. En efecto, aquí es donde la Iglesia empieza propiamente á ofrecer la víctima, pero su intencion no es hacer partícipe de ella sino á los Cristianos que han recibido, conservado, ó recobrado la gracia. Por esta causa, además de los Catecúmenos despedia tambien á los penitentes públicos; y si desde la extincion de las penitencias canónicas, no excluye ni aun á los pecadores mas escandalosos, no por esto autoriza su presencia, sino que ántes bien los exhorta á la reforma de su conducta, porque no reconoce otro medio mas poderoso que la contricion para sacar los frutos del Sacrificio. Esta parte, como todas las otras, empieza por la oracion, porque la Iglesia quiere que se preparen con ella todos los

exercicios de los Cristianos. *Oremos*, dice el Sacerdote, y en seguida empieza un Salmo juntamente con el coro. Este Salmo en otro tiempo, y en las grandes solemnidades se repetía muchas veces, á causa de la concurrencia del pueblo, para hacer sus oblaciones. No quiero hablar en esta Instruccion de estas oblaciones particulares, ni de la que hacia el Sacerdote á Dios, en nombre de los fieles, porque esta será la materia de dos Instrucciones separadas: me ceñiré por tanto á exâminar la oblacion en general, dividiendo este exâmen en quatro partes: á saber, quien ofrece, á quien se ofrece, qué se ofrece, y por qué se ofrece.

¿Quién ofrece? Primeramente Jesu-Cristo, único Sacerdote segun el órden de Melchisedech, Sacerdote eterno, Pontífice de los bienes venideros, que no necesitado, segun el Apóstol, ofrecer por sus pecados, ha tomado á su cargo, y sobre sí los de todo su pueblo, seguro de ser oido por su pronta obediencia á la voluntad de su Padre, y por el respeto que es debido á su Persona Divina. Este Señor es quien

ofrece esencialmente su Sacrificio, y cada vez que celebra el Sacerdote, renueva el que hace sin cesar en el cielo, donde presenta su cuerpo y su sangre para borrar los pecados de muchos.

En ségundo lugar ofrece la Iglesia con Jesu-Cristo, y por Jesu-Cristo. Este Sacrificio se ha hecho propio suyo desde la union que se ha dignado contraer con ella este Divino Salvador. La Iglesia es este cuerpo místico de que somos miembros, y de que Jesu-Cristo es cabeza: de manera que por este título participa de quanto hace su Divino Esposo, y es como él, pura y sin mancha, y goza del derecho de presentar á Dios la Hostia santa, viva y verdadera.

En tercer lugar, ofrece en nombre de la Iglesia un Sacerdote escogido entre los pecadores, y consagrado con el oleo santo para estas funciones tremendas. Este Sacrificio tambien es suyo propio en alguna manera por el derecho que se ha dignado concederle el Señor de unir su voluntad á la del Soberano Sacrificador: de manera que aunque sus pecados sean sin número, Dios recibe la Hostia que le presenta como una Hos-

tia agradable, porque sus manos son en algun modo las de la Iglesia, y de Jesu-Cristo mismo.

En quarto lugar, ofrecen los fieles por las manos del Sacerdote en nombre de la Iglesia, y por los méritos de Jesu-Cristo, y esta es una oblacion de cada fiel en particular por la aplicacion que Jesu-Cristo le hace de ella. Por esta causa se le pone al Cristiano en el bautismo el oleo santo; por este Sacramento es elevado al orden del Sacerdocio, no para ofrecer por sus propias manos, ni para exercer las funciones de este misterio tremendo, ni para contribuir á ellas en ninguna manera, sino para ser partícipe de la uncion de Jesu-Cristo, y gozar del derecho inestimable de ofrecer como él, con él, y por él.

¿A quién se ofrece? La Iglesia nos dice que al Padre Eterno, en memoria de la Pasion, de la Resurreccion, y de la Ascension de Jesu-Cristo, su Hijo: es decir, que su Sacrificio es un acto de reconocimiento á los milagros que ha obrado el Padre Eterno por su medio para nuestra salvacion, y un recuerdo que se hace á este Ser Supremo

le las condiciones de la alianza que se ha dignado hacer con su pueblo, ofreciéndole una víctima que ha derramado su sangre en su Pasion, que ha triunfado de todos sus enemigos en su Resurreccion, y que por su Ascension nos ha dado la entrada en su reyno.

Este Sacrificio se ofrece tambien á la Santísima Trinidad. Este es un honor que se la dede de justicia, tanto por la reparacion del pecado, quanto por las gracias que se ha dignado dispensarnos para nuestra santificacion. En este Sacrificio se dan gracias al Padre porque nos ha dado á su Hijo; se dan al Hijo porque se ha entregado por nosotros, y se dan al Espíritu Santificador porque de la sangre purísima de una Virgen formó el cuerpo de nuestro Señor Jesu-Cristo. Veamos ahora la naturaleza de la oblacion, y que es lo que se ofrece en el Santo Sacrificio de la Misa.

Se ofrece una víctima pura y sin mancha; una víctima de propiciacion; una víctima por el pecado; una víctima de accion de gracias; una víctima pacífica; un verdadero holocausto, y en una palabra, se hace una oblacion

de que solo eran una sombra los diferentes Sacrificios de la ley antigua: de suerte, que como dice el Apóstol, Jesu-Cristo con esta sola oblacion consumó la obra de la santificacion eterna de todo el mundo.

Se ofrece el Hijo único de Dios, el esplendor del Padre, la imágen de su substancia, su Sabiduría eterna, su Verbo, el Rey de los siglos, las delicias de los Angeles, y la alegría de los Santos: de manera que nada se ofrece á Dios que no corresponda á su grandeza, y al mismo tiempo se honra su Divinidad, tributándole un obsequio que, al paso de reconocer su soberanía, reconoce tambien nuestra dependencia esencial.

Se ofrece el Primogénito de los hijos de los hombres, el Xefe de los predestinados, el Verbo hecho carne, el Hijo de Maria, el Emmanuel, el renuevo de la vara de Jessé, el Rey de las naciones, nuestro Xefe, nuestro Pastor y nuestro Hermano: de manera que á pesar de nuestra miseria podemos gloriarnos, dice un Padre de la Iglesia, de ofrecer á Dios un sacrificio de nosotros mismos con Jesu-Cris-

to sin el temor de que lo deseche, mediante que el Verbo por la union que ha contraido con nuestra carne, da un precio infinito á la oblacion que hace á su Padre de nuestra naturaleza.

Pero ya que hemos visto lo que se ofrece en el Santo Sacrificio de la Misa, exâminemos ahora por quien se ofrece. Se ofrece por los vivos y por los muertos, por los justos y por los pecadores, por las necesidades espirituales, y por las temporales presentes y futuras: se ofrece para conseguir el valor en los combates, la paz en los reynos, la union en las familias, la fertilidad en los campos, la propagacion de la palabra de Dios, la extirpacion de las heregías, la prosperidad de los Príncipes y la salud de los Pueblos: se ofrece para conocer la voluntad de Dios, y para ilustrar y decidir las dudas: se ofrece por el éxito feliz de los negocios, y quando el Cristiano tiene las disposiciones santas que se requieren, experimenta sensiblemente la proteccion de aquel Dios que defiende á la viuda, y al huérfano de sus opresores: se ofrece para auventar las tentaciones, para calmar las tempestades, para suavizar los trabajos,

y quando se lleva al Sacrificio un espíritu de sumision y de docilidad, se reciben las armas para combatir al enemigo, las fuerzas necesarias para sobrellevar las tribulaciones, y la uncion del Espíritu Santo para templar nuestras penas. Los cismáticos nos acusan de supersticion, porque llevamos á los pies del Altar todo género de súplicas, pero este error debe detestarse altamente, supuesto que no hay una que Jesu-Cristo no presente en nuestro nombre, y para la qual no tenga la Iglesia oraciones especiales. Sin embargo, si pedimos los bienes temporales ántes que los eternos, y aquellos que miran únicamente al alivio del cuerpo, ántes que los que pueden obrar la santificacion de nuestras almas, obramos de un modo contrario al espíritu del Sacrificio. ¿Qué diré quando se piden los bienes contrarios á la salvacion, y sobre todo quando nos presentamos delante del Altar, cargados de injusticias, de resentimientos y venganzas? Pero todavía cometemos un delito mayor, quando pretendemos hacer á Jesu-Cristo partícipe de nuestra ira, y hacemos ofrecer el Sacrificio de la Misa por el buen éxito

de un pleyto injusto, por un negocio usurario, y por otros mil motivos infinitamente mas criminales. ¡Plugiuese á Dios que este sacrilegio fuese mas raro, y que no hubiese tantos Cristianos que desconociesen el fin principal de este Sacrificio! ¿Acaso pueden ignorar que ofreciéndole Jesu-Cristo á su Padre nos ha enseñado á buscar con preferencia su reyno, su justicia y las gracias espirituales? ¿no deberán postergarse las temporales quando se trata de adquirir las virtudes? Vosotros, hermanos míos, no habeis incurrido sin duda en este abuso, lo confieso; pero sin embargo debéis estudiar y conocer el fin del Sacrificio, y las disposiciones que se requieren para hacerle provechoso. Estas disposiciones estan enunciadas en las diferentes reflexiones que acabo de exponeros, y serán mucho mas sensibles en la explicacion de las oraciones que se dicen al tiempo de la oblacion.

Concluyamos con las palabras del texto de este discurso, y pidamos á Dios que seamos recibidos, no conforme á nuestros méritos personales, sino al mérito inmenso de la víctima que se ofrece por nosotros: no por nues-

tra justicia propia, sino por medio de un corazon contrito y humillado; no en vista de las riquezas de nuestras ofrendas, de la abundancia de nuestras limosnas, y de la manifestacion de nuestras virtudes y talentos, sino en vista del desprecio de nosotros mismos, y de todas las cosas que alimentan la vanidad de los hombres, porque este es el único medio de participar de las humillaciones de Jesu-Cristo, y el mas poderoso para que podamos ser recibidos en su reyno.

Dios mio, haced que estos sentimientos vayan siempre con nosotros al pie del Altar. Una mano invisible aparta y arroja al soberbio de este lugar sagrado, y vos apartais tambien vuestros ojos de todo aquel que se dexa llevar del amor propio, para contemplar sus perfecciones: Señor, haced que los mios no se abran en adelante á la vanidad, y que no vean otro objeto que vos, que sois el solo Santo, el solo Justo, el solo Grande, y el solo Misericordioso en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA OBLACION.

PSALMO L. VERS. 19.

Al corazon contrito, y humillado no le despreciarás, ó Dios.

EN el momento que se empieza á ofrecer la víctima sagrada es quando conviene excitar nuestra confianza, y entrar en las disposiciones que deben unir nuestra oblacion al Sacrificio. Todas estas disposiciones se contienen en las palabras del Psalmo que acabamos de referir; y mediante que en la última Instruccion hemos hablado de la *Oblacion* en general, vamos á considerarla ahora en particular, á meditar la oracion que tiene destinada la Iglesia para ella, y á estudiar las obligaciones que nos

impone. En esta Instruccion nos limitaremos á las reflexiones que arroja de sí esta oracion de la Misa, que sin duda no será ménos fecunda que las anteriores, porque quanto mas nos acerquemos á la accion esencial del Sacrificio, tanto mas interesante será para nosotros: prestadme atencion.

Acabo de explicaros lo que se ofrece, á quien se ofrece, quien ofrece, y por quien se ofrece en el santo Sacrificio de la Misa; y aunque sobre cada una de estas materias he procurado daros una idea suficiente, con todo voy á proponeros otras reflexiones que son de bastante consideracion. Ya no son los animales la materia sensible del Sacrificio, como lo eran en la ley antigua. Al instituirle Jesu-Cristo no solo debia representar la naturaleza, y el fin de su oblation, sino tambien su necesidad y su unidad, y por esta causa escogió el pan y el vino para presentarnos su cuerpo y su sangre á los ojos de la fé. Esta figura es verdaderamente sensible, porque el pan por su naturaleza, por su efecto, y por estar comunmente destinado para alimento de los hombres, nos recuerda aquel

pan baxado del cielo, que restablece nuestras fuerzas, que nos alimenta hasta la saciedad, y que se manda comer á todos los hijos de la fé. Esta es una figura verdaderamente sacramental, porque so solo representa, sino que contiene lo que representa, y obra lo que significa por la virtud de las palabras de Jesu-Cristo; de manera que podemos decir despues de la consagracion, que las especies que hemos ofrecido eran pan, y ya no son pan. En efecto, este es un pan invisible, el pan de los Angeles, el trigo de los escogidos, y en este pan material, y visible nada queda sino las apariencias que ocultan á nuestros ojos el pan Eucarístico.

Transportémonos, hermanos míos, quando el Sacerdote toma la Hostia para elevarla, y ofrecerla á aquel momento en que Jesu-Cristo tomó el pan, y dió gracias á su Padre, tomó el vino y el bendixo: momento en que aseguró á sus discípulos que no beberia ya del fruto de la vid hasta que hubiese entrado en su reyno. Este reyno está en medio de nosotros, porque Jesu-Cristo desde el establecimiento de

su Iglesia no cesa de coger y de distribuir el fruto de aquella vid, de quien decia: *yo soy la cepa, y vosotros los sarmientos, y no podeis llevar frutos sino por mí.* Ved en estas palabras como Jesu-Cristo se hace el pan vivo y el vino que engendra todas las virtudes; y por esto era muy conveniente que estas especies fuesen la materia esencial y sensible de su Sacrificio; y como ellas son el alimento mas comun y usado entre los hombres, son tambien muy á propósito para representarnos de una manera mas perfecta á aquel Señor que se ha hecho el solo pan que de la vida, y la sola bebida que apaga la sed de nuestro corazon. Es muy de notar, que la Iglesia Latina use del pan ácimo, miéntras que la Griega consagra con pan con levadura; pero este diferente uso no altera en ningun modo el fondo del Sacrificio, y la Iglesia Latina ha adoptado esta práctica sin duda por causas muy fundadas. No es este lugar á propósito para daros una completa noticia de las disputas que se han agitado por mucho tiempo sobre esta materia, las cuales son causa de que todavía esten divididas dos porciones

del reyno de Jesu-Cristo, porque nos basta saber que esta division no destruye la esencia del dogma: que una y otra Iglesia confiesan que Jesu-Cristo está realmente presente baxo las especies del pan y del vino: que la Iglesia no ha condenado ninguno de estos usos: que la Latina tiene sobrados fundamentos para servirse del pan acimo: que este uso es de inmemorial, y por consecuencia muy respetable por su antigüedad: que ella cree que de esta manera sigue á la letra las intenciones de Jesu-Cristo, y que se conforma en un todo con su exemplo, porque en el tiempo que instituyó la santa Eucaristía estaba prohibida la levadura á los Judíos, de tal manera, que ni aun podian conservarla en sus casas. Por otra parte la Iglesia quiere dar á sus hijos abundantes instrucciones sobre este uso: excluyendo la levadura del pan que debe consagrarse, les advierte, que alejen de su espíritu, y destierren de su corazon la levadura del pecado, y que quando hayan de presenciar el Sacrificio, procuren estar limpios de toda mancha, y de los afectos carnales que son contrarios por

todos respetos á este Sacramento. En fin, sin condenar la práctica que sigue la Iglesia Griega exige de sus hijos, que observen escrupulosamente la disciplina que les prescribe.

Tambien se usa en las dos Iglesias la mezcla del vino y del agua, pero esta será una materia para otra instruccion. Por ahora basta decir como de paso, que estas dos materias de *pan* y de *vino* son de tal modo esenciales y necesarias, que sin ellas no hay sacrificio. En las Misas solemnes es el Diácono quien presenta uno y otro, para que sepamos que el Sacerdote no ofrece solo, ni sacrifica por sí solo, ni ejerce un ministerio extraño al resto de los fieles. El Diácono representa en esta ocasion á todo el pueblo; y poniendo en las manos del Sacerdote las substancias que deben ser consagradas, ofrece en alguna manera en nombre del pueblo, por mano del Sacerdote, y éste eleva la hostia sobre la patena, y al mismo tiempo levanta sus ojos al cielo, porque en este lugar ha fixado Dios el trono de su gloria: aquí la víctima universal ofrece un perpetuo sacrificio, y de aquí debe venir la bendicion que va á con-

sagrar la hostia y el fuego sagrado que ha de consumir la víctima. El Sacerdote despues de haber elevado sus ojos los baxa hácia la hostia, para enseñarnos que no conviene al hombre hechar á su Dios miradas indiscretas, y que si este Señor le permite elevar algunas veces su corazon por la oracion, tambien le manda que entre dentro de sí mismo para estudiar sus miserias y llorar sus pecados.

Todas estas disposiciones se contienen claramente en la oracion que se dice al tiempo de la oblacion: *recibe, ó Santo Padre, Dios omnipotente y Eterno, esta hostia sin mancha, que yo tu siervo indigno te ofrezco á ti, Dios mio vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, y ofensas y descuidos, y por todos los que presentes están; y tambien por todos los fieles Cristianos vivos y difuntos; para que á mí y á ellos nos aproveche para la salvacion en la vida eterna.* Como si dixese: tú que eres el Padre de todas las criaturas, y que no tienes necesidad de sus dones, porque eres el autor de todos los bienes; tú que eres la mas pura y santa

de todas las víctimas; tú que eres todopoderoso, y la Sabiduría, por la qual han sido hechas todas las cosas: tú que eres Eterno recibe una hostia que conocias ya desde la eternidad; recibela, aunque por mano del mas indigno de tus siervos, por los pecados de todos los hombres. Haz, Padre misericordioso y Santo, que esta oblacion cumpla plenamente las miras de tu misericordia, llenando de bendiciones á todos quantos asisten á este sacrificio: que procure á los fieles vivos las gracias que necesitan para su salvacion eterna: que acelere para los difuntos la libertad, que depende de la virtud de esta sangre: en fin que esta sangre no sea por culpa nuestra una semilla estéril, que lleve en nosotros frutos de salud y vida, y que sea la primicia y la prenda de esa vida bienaventurada, que consiste en conoceros y amaros eternamente.

No perdamos de vista, hermanos míos, que el Sacerdote en su nombre y en el de todos los fieles dirige á Dios estas palabras; pero como ha sido escogido entre los hombres, carece de aquella santidad inviolable de Jesu-Cristo, el qual no teniendo necesidad de

la oblacion, se ofrece por todos los pecadores. Sin embargo él se pone á la cabeza de aquellos para quienes solicita las gracias, y por lo mismo ha de procurar que su alma esté limpia y purificada de toda mucha, porque de otro modo no será fácil que sus oraciones consigan las misericordias que quiere implorar para sus hermanos. Quando asistis al sacrificio de la Misa, acordaos que sois deudores al Ministro que le ofrece de la sensibilidad y compasion que muestra por vosotros, que miéntras solicita el perdon de vuestros pecados, debeis solicitar tambien la remision de los suyos, y que debe mirarse con sumo respeto, alejando en este momento qualquiera mala idea de su conducta. ¡Oxalá que no subiesen al Altar algunos Sacerdotes, que en su mismo exterior estan denotando su dissipacion, y que sus costumbres son indignas de ministerio tan santo! ¡Oxalá, repito, que no subiesen tales Sacerdotes, que son un objeto detestable para los fieles que los conocen! De aquí resulta un sentimiento de desprecio, y algunas veces una impresion de tibieza que hace inútil la oblacion, miéntras que la re-

ligion y la fe nos dan en esta oracion misma un preservativo seguro contra semejante escándalo. Pedid pues á Dios de todo corazon que purifique las manos que van á ofrecer un sacrificio tan grande; que este sacrificio sea para el Sacerdote indigno un principio de conversion, y si algunas veces el orgullo engendra en vosotros una fatal prevencion contra él, registrad el interior de vuestras almas, y acordaos que sus pecados no pueden dispensaros de llorar los vuestros; que el fruto del Sacrificio no depende del Ministro destinado para ofrecerle, y que cada uno debe llevar el sentimiento íntimo de su bajeza. Pero notad, mis hermanos, que tratando el Sacerdote de sus faltas, hace disincion de sus ofensas, pecados y descuidos; es decir, que en estas tres palabras comprehende todo lo que nos hace culpables á los ojos de Dios. Las ofensas, es decir, esos ultrages que abraza y aprueba la voluntad, y como ellas son las que ofenden mas á la Magestad suprema, las da con justa razon la preferencia. Los pecados, es decir, esa muchedumbre de prevaricaciones de toda clase, las quales bien provengan de

malicia, ó sean el efecto de nuestra fragil naturaleza, nacen siempre de un corazon corrompido, exigen el arrepentimiento, y tienen necesidad de expiacion. Los descuidos, es decir, esas omisiones demasiado freqüentes en que incurrimos unas veces por inclinacion natural al placer, y otras por flogedad y disgusto. ¿Quién de nosotros podrá desconocerse en esta pintura? Si los Ministros mas santos pueden decir con verdad que sus pecados son innumerables, ¿qué dirán esos Cristianos que no piensan, ni hablan, ni obran sino conforme á las disposiciones de un corazon depravado y corrompido? ¿No vemos en la mayor parte un ayre de disipacion, un carácter de insensibilidad, y lo peor de todo, una disposicion de confianza y de orgullo que está denotando que si vienen á presenciar el Sacrificio no es por sus pecados sino por los agenos? Sin embargo de estar llenos de asquerosas y profundas llagas, ¿no fixan su atencion sobre las ligeras cicatrices que perciben en sus hermanos? ¿No los juzgan, no los condenan? No alaxan de sí con semejantes dispisiciones la remision de sus pecados que deben solicitar con tanta preferencia?

No desconozcamos, hermanos míos, nuestras necesidades personales. Jesu-Cristo elevado una vez sobre el Altar de la Cruz en el Calvario, se eleva todos los días en nuestros altares por las manos de sus Sacerdotes, y se presenta á su Padre cargado con todos nuestros pecados; pero tambien quiere que cada uno cargue con los suyos, y que se muestre en su presencia con verdadera contricion. ¡Infeliz de aquel que dexa á la víctima sola el cuidado de gemir y de llorar! su suerte sin duda será la misma que la de tantos infieles entre quienes no ha rayado la luz de la verdad. Pero ¿qué digo? ¿acaso estos miserables pueden compararse con esos Cristianos que á la muchedumbre de sus pecados añaden el mas sensible de todos para Jesu-Cristo, qual es la inutilidad de su oblacion?

Vos habeis dicho, Señor, que quando fueseis levantado á lo alto, lo atraeriais todo á Vos. Si el peso de nuestros pecados nos tiene oprimidos, romped estas ligaduras funestas, y haced que el dolor y la contricion nos acerquen á Vos en esta circunstancia cri-

tica de vuestra oblacion; que el Padre celestial, á quien la ofreceis, no vea en nosotros sino víctimas santas; que la muchedumbre de nuestros descuidos sea borrada á sus ojos con la santidad, la obediencia y la caridad de la víctima de propiciacion; y en fin que el fruto de vuestra oblacion sea una vida santa en el tiempo, y la bienaventuranza en la eternidad. Así sea.